



Isabel Altable, 87 años.
Raquel Perianes Paín, 26 años.

Confieso que he vivido, lo que me ha tocado, pero he vivido

Isabel Altable es una mujer de 85 años enferma de Parkinson, hace 5 años que se lo diagnosticaron, hoy en día vive en una residencia, está aprendiendo a convivir y acepta el papel que le ha tocado en la vida, lo único que quiere es que su hijo esquizofrénico de 45 años, esté bien cuidado y no le falte nada y que su hija se feliz.

Que desgraciada es la vida, que cruel e incierta... apenas hace unas horas que estuve charlando con Isabel pero sigo en otra realidad, en su realidad.

Hace unas horas que me monté en el cercanías, dirección Vistalegre, una mañana de domingo nublada, yo releía la sección de trabajo del periódico y a mi lado se encontraba un abuelito con su nieto, le había comprado el *As* y juntos lo leían, el abuelo le contaba historias al nieto sobre los trenes que se cruzaban y las gentes que viajaban en ellos. Al llegar a Atocha, el niño fue a tirar el periódico a una papelería, pero el abuelo le dijo que lo dejase sobre algún asiento del tren que alguien querría leerlo. Miré a los ojos al abuelo y me sonrió.

Parada de metro Oporto, dos trasbordos, colapso por un mitin de Zapatero, venía a la plaza de toros de Vistalegre, precisamente a hablar de la Ley de Dependencia. Ya estoy ante la residencia, a las puertas me encuentro a una ancianita con su hijo y su nieto dando un paseo, el hijo le pone la chaqueta...¿mañana quien se la pondrá?...; entro y pregunto a Vanesa la recepcionista, la mar de simpática, por la señora Isabel Altable, en pocos segundos aparece, me regala una sonrisa, y nos vamos a un apartadito a comenzar a charlar, pero noto en su rostro los surcos del dolor, Isabel tiene Parkinson, ha pasado una mala noche y acusa en sus huesos y músculos que ya arrastran 85 años, los cambios meteorológicos. Mientras Isabel se acomoda como puede en el sillón rebusco en mi bolso un ejemplar de *El País* del sábado, había sido entrevistada y salía en relación a la Ley de Dependencia.

Entrañable, amable, humilde y muy educada son los calificativos que definen a Isabel, ella hacía verdaderos esfuerzos por contarme la historia de su vida, mientras se sujetaba los temblores de su mano con la otra y disimulaba sus dolores. Me habla de su



origen burgalés, de *Moradillo de Roa*, el pueblo que la vio crecer, esboza una sonrisa y navega por el tiempo, nos trasladamos a su infancia, recuerda aquellas tardes lavando con su madre en el río, chapoteando detrás del jabón, las tardes de verano por los huertos abandonados robando zarzamoras con las amigas, o cuando llenaban sus cantaros de agua, mojaban unas laderas y se deslizaban con sacos por el barro. Siendo una mozita se trasladó con sus tíos a Madrid y comenzó a trabajar de niñera. Conoció a un bilbaíno y se casaron en *Moradillo*.

Isabel tiene dos hijos, su hija que le hecho abuela de dos nietos Nestor y Sara P. Señor, Isabel vuelve a sonreír, esta vez con orgullo de abuela, Sara estudia Ciencias del Mar, en Cádiz, llama regularmente a su abuela y en Semana Santa vino a verla. Se hace el silencio...y la Sra. Altable me pregunta que cuándo es el próximo puente... sé lo que piensa sé lo que añora... la visita de esa nieta que le da vida en un mundo completamente nuevo.

Tan solo hace cuatro meses que esta entrañable abuelita llegó a la residencia, comparte habitación con dos señoras más, tuvo que dejar su casa porque el parkinson no le permitía desenvolverse sola. Desde que se fue no ha vuelto a su casa. Con su hija habla por teléfono una vez por semana, aunque esta aún no le ha llamado... "*sé que tiene muchas cosas que hacer*", le animo diciéndole que seguro que esta tarde sonará el teléfono y por dentro rezo para que así sea. La tarde anterior Isabel me dijo que por favor quedásemos por la mañana por si venía su familia a verla por la tarde...

Su otro hijo es esquizofrénico, está internado en otro centro, pero ella hace "*Hace cinco domingos con este que no le veo*", "*yo ya no puedo ir sola hasta allí no me atrevo por sí me caigo*"-relata Isabel. Me cuenta la historia de su hijo, ha pasado mucho pero ahora está tranquila porque sabe que en el centro está muy bien cuidado. Sus vecinos la llaman pero ella cuando cuelga el teléfono entristece, esta es mi vida ahora "*es como si estuviese castigada y lo tengo que asumir*", da gracias por lo que tiene e intenta adaptarse a cada circunstancia con una sonrisa, es increíble... yo misma me pongo en su situación y me encontraría como si fuese una pieza de un puzzle que lleva hecho hace muchos años, y me quitasen y me encajasen en otro.



Las personas mayores se amoldan a todas las circunstancias porque les ha tocado “penar” mucho, como ellos dicen. Isabel no me contó batallitas de la guerra civil ni tampoco ninguna anécdota, me hacía referencia a su vida como si fuese una cuerda con dos extremos, recordaba la infancia y los últimos años, pero recordaba el resto de su vida, el trozo intermedio de la cuerda con monotonía. Algún domingo la visitan sus hermanas acompañadas de sus sobrinas, visitas que espera impaciente, pues se trata de compartir algunos momentos al mes con aquellas compañeras de juegos de su infancia, con la sangre de su sangre. Poco a poco se integra en las actividades del centro, hay bailes, teatros, y diferentes talleres, tiene dos compis de cuarto, una rumana y otra de Madrid, sonrío picaramente y me dice de tú a tú, que la convivencia es difícil y que aprende cada día. Creo que es el momento en el que está empezando a integrarse a fundirse con el día a día, a compartir y hacer amigas con otros tantos que están en la residencia.

La vida es indescriptible... llena de misterios, para disfrutarla, pero no a todos nos lo pone igual de fácil, es admirable como algunas personas nada más quitarse el pijama se visten con la sonrisa, da igual lo que me depare cada día, aunque pasa hambre, frío o dolor... mirar a la vida de frente, sonriendo me lo hará mas fácil, ese será mi escudo. Conocer a Isabel ha sido un guiño de la vida:

*“Pero sucede también
que, sin saber cómo ni cuándo,
algo te eriza la piel
y te rescata del naufragio”*

(Ismael Serrano)

Lo importante de la vida

-Isabel, ¿Qué te gustaría de premio si nuestro artículo resulta seleccionado?.

-¿De premio? *-responde con cara de asombro.*



-Sí bueno, si nos seleccionan podrás cumplir el sueño de tu vida, ¿Cuál es?.

-*Tras unos minutos de silencio responde...*No lo sé, en realidad no necesito nada, soy pobre pero tengo para comer.

-Pero Isabel aprovecha esta oportunidad, piensa en algo que hayas querido hacer siempre, no tienes porque decidirlo ahora.

-Es que no sé de verdad, bueno, algo para mis hijos, algo que les guste, yo para mí no se, lo único que investiguen y me frenen el Parkinson, para poder vivir mejor y dejar tantas pastillas.

Ella procura cada día, hacerse lo suyo para no dar trabajo a los demás y para sentirse viva, tiene esperanzas en su próxima visita al Gregorio Marañón, el doctor que la trata, le diga que ha encontrado la manera de paralizarle el Parkinson. En ver a sus hijos, nietos y hermanos cuanto más mejor, que a su hijo no le falte de nada y su hija sea feliz. En luchar contra la tristeza de no vivir rodeada de los suyos, porque eso además le agudiza los dolores, reza por conservar la memoria para refugiarse algunas tardes en su infancia y drogar con recuerdos a su mano.

Isabel acepta cada cosa en cada momento, no es feliz pero la vida le ha enseñado una de las lecciones más importantes, y ella, pupila perspicaz la aprendió pronto, al mal tiempo buena cara, no hay que perder el tiempo quejándose sino luchando. Porque sabe que el mañana no existe y el ayer se fue, hay que vivir hoy.

Y a mí la vida me ha ofrecido el regalo de conocerla en esta etapa de universitaria, etapa que no me queda mucho para cerrar y que todos sabemos que esa gente que vamos conociendo por la vida la guardamos en la memoria en esa parcelita correspondiente a cada etapa. Como si la vida fueran unos entremeses, yo a Isabel la quiero en la mía desde que se alce el telón hasta que se eche.